

flexiones de tanto peso, abandonará los pasos que quiere que demos, y nos libertará de la desolacion que hemos tenido á su vista. Pero los principios que V. M. emite no nos permiten callar. Estamos lejos de tener ambicion de dominar y de todo interés personal: la causa que defendemos es la de la Iglesia romana y Silla que ocupamos cuyos derechos, antes de subir á ella, juramos defender y sostener hasta el caso de la efusion de nuestra sangre.

Levantemos el velo, señor: V. M. dice, que no tocará á la independencía de la Iglesia, que seremos el soberano de Roma, y dice al mismo tiempo que toda la Italia se someterá bajo su ley: nos anuncia que si hacemos lo que V. M. quiere, V. M. no combatirá las apariencias; pero si forma juicio de que Roma siendo una parte de Italia estará bajo su ley, si no quiere conservar mas que las apariencias, el dominio temporal de la Iglesia quedará reducido á una condicion absolutamente feudal ó servil, la independencía y soberanía de la Santa Sede destruidas. ¿Y podriamos callar? ¿Podriamos, por tener un silencio que nos haria culpable de prevaricacion en nuestro oficio á los ojos de Dios y que nos colmaria de oprobio ante toda la posteridad, disimular el anuncio de medidas de esta naturaleza?

Establece en principio V. M. que él es *el emperador de Roma*. Le contestamos con la franqueza apostólica, que el Soberano Pontífice que es tal, hace tan gran número de siglos, que no cuenta soberano alguno antigüedad comparable á la suya, habiendo llegado á ser el soberano de Roma, no reconoce, ni jamás ha reconocido en sus Estados un poder superior al suyo: que no hay emperador alguno que tenga ningun derecho sobre Roma. V. M. es inmensamente grande, pero V. M. ha sido elegido, consagrado, coronado, reconocido emperador de los franceses y no de Roma. Existe, es verdad, un emperador de romanos, título reconocido por toda la Europa y por V. M. mismo al emperador de Alemania, título que no puede pertenecer á un tiempo á dos soberanos, y que no es mas que título de dignidad y de honor, que en nada disminuye la independencía real y aparente de la Santa Sede; finalmente que jamás ha tenido esta dignidad imperial, ni tiene parte alguna, cualidad, ni estension en *el alto dominio ni dominio útil*, y que siempre, desde su origen, ha sido conferida precediendo una eleccion.

Dice V. M. que nuestras relaciones con él son las mismas que las de nuestros predecesores con Carlomagno. Este encontró á Roma en poder de los papas, y reconoció y confirmó sin reserva sus dominios, se los aumentó con nuevas donaciones, no exigió derecho alguno de *dominio* ni de su-

perioridad sobre los pontífices, considerados como soberanos temporales, y no pretendió de ellos ni dependencía ni sujecion. El reconoció siempre que sus títulos y calidades de *Avvocato*, de *Patricio* y de *Emperador* fueron concesiones que le hicieron los pontífices.

En fin, diez siglos posteriores á los tiempos de Carlomagno han hecho inútil toda otra investigacion mas prolija, y la pacífica posesion de mil años es el título mas *luminoso* que puede existir entre soberanos. Esta posesion ha demostrado que fueran cuales fuesen en tiempos oscuros y en circunstancias *tempestuosas*, las relaciones entre Carlomagno y los pontífices, la Santa Sede no ha reconocido posteriormente en sus dominios temporales otras relaciones con los sucesores de aquel, que las que existen entre un soberano absoluto é independiente con los otros soberanos.

Cualquiera estension de *dominios*, aun legitimamente adquirida por un soberano, no le dá derecho alguno para alterar en la menor parte una posesion de esta naturaleza, gozada pacíficamente por otro, y los principios de derecho natural aplicados á los intereses de las naciones establecen la base de todas las relaciones sociales sobre esta máxima que, grandes ó pequeñas, las soberanías conserven siempre entre ellas el mismo estado de independencía. Abandonar esta máxima seria poner á la fuerza en el lugar de la razon.

V. M. tiene mucha ilustracion para no convenir en que la certeza de estas verdades es incontestable, y no admite escepcion alguna: ó no hay el derecho de soberanía independiente, ó no puede de modo alguno alterarse.

No podemos admitir la siguiente proposicion: que debemos tener hácia V. M. en lo temporal las mismas consideraciones que nos tiene V. M. en lo espiritual; la estension de ello destruye y altera las nociones de nuestros dos poderes. . . . Un soberano católico no lo es porque profese reconocer las *definiciones* de la cabeza visible de la Iglesia, y mire al Santo Padre como á *maestro de la verdad* y único Vicario de Dios en la tierra: no hay identidad, ni igualdad entre las relaciones espirituales de un soberano católico con el supremo *jerarca*, y las relaciones temporales de un soberano con otro.

Dice tambien V. M. que deben ser sus enemigos los nuestros, aserto que repugna admitir el carácter de nuestra mision divina; no conoce ella enemistades *ni aun con aquellos que se han alejado del centro de nuestra union*. Habia de suceder, que todas las veces que V. M. estuviese en guerra con una potencia católica, debiésemos tambien encontrarlos en guerra con ella.

Carlomagno y todos los príncipes *Avvocati* de la Iglesia hicieron profesion de defenderla y evitarle las guerras, y no de arrastrarla á los combates. . . . Esta proposicion tiene á hacer del soberano pontífice un vasallo feudal del imperio francés.”

El Padre Santo terminaba esta correspondencia manifestando en medio de la sublime resignacion cristiana, la entereza de la dignidad que le competia y que con el auxilio del cielo contaba conservar á despecho de las contrariedades. Pero ¿qué le importaba todo esto al gobierno francés resuelto á llevar adelante sus proyectos, al gobierno francés disgustado de que su embajador en Roma observase una conducta poco enérgica? Así era que juzgando por el curso probable de los acontecimientos, cundian rumores de que la Santa Sede iba á ser trasladada á Aviñon ó Paris, repartiéndose los Estados pontificios entre los reinos de Italia y de Nápoles; de que se publicaria en Roma el código francés, se suprimiria el celibato eclesiástico, y otras cosas por el estilo.

Por otra parte, la corte pontificia se negó á reconocer al nuevo é intruso rey de Nápoles, José Bonaparte, y con este motivo dió Pio VII una excelente prueba de la energía con que estaba dispuesto á hacer frente á todos los peligros, como quiera que despues de negarse al reconocimiento del rey de Nápoles añadió al embajador francés lo siguiente: “Las tropas del emperador van ocupando sucesivamente todos nuestros Estados y ni aun imponiendo nuevas contribuciones podemos sostenerlas; os prevenimos que si vienen á apoderarse de Roma les rehusamos la entrada del castillo de San Angelo, y no haremos resistencia alguna, pero á cañonazos tendrán vuestros soldados que romper las puertas. Verá entonces la Europa cómo se nos trata, y probaremos á lo menos que sabemos obrar como lo exigen nuestro honor y nuestra conciencia.”

A este tono resuelto con que se espresó el Padre Santo, debia haber contribuido sin duda la noticia que el gobierno francés le intimó por medio del siguiente oficio dirigido al cardenal Consalvi:

“S. M. el emperador de los franceses rey de Italia ha tenido á bien *otorgar* á su excelencia Mr. de Talleyrand, su camarero mayor y ministro de relaciones exteriores, el título de príncipe y duque de Benevento, y á su excelencia el mariscal del imperio Bernadotte, el de príncipe y duque de Ponte-Corvo. S. M. sabe que estas provincias comprendidas en el reino de Nápoles han dado ocasion mas de una vez á disensiones entre esta corte y la Santa Sede, y conociendo S. M. que pueden reproducirse las antiguas desavenen-

cias, ha determinado con el fin de pacificar la Italia, que no pertenezcan ya á aquel reino que se apoderó de ellas en diversas guerras. Roma y Nápoles son los Estados que mas le interesan, y entre quienes desea haya aquella union y buena correspondencia que las exige la proximidad misma de sus posesiones. Embarazada la buena administracion de dichas provincias por su distancia, y siendo tan cortas sus rentas, S. M. cree recompensar sobradamente á la Santa Sede del pequeño sacrificio que va á hacer, con otras donaciones que desde luego le serán mas útiles; no duda que el Soberano Pontífice, llevado siempre de un deseo de paz y en fuerza de su corazon magnánimo y profunda sabiduría, aprobará las disposiciones que para la tranquilidad de Italia ha dado, despues de meditadas con una reflexion y madurez que las hace de todo punto irrevocables. No es menester por consiguiente advertir á V. E. que lo que la corte de Roma resuelva sobre el particular ha de influir necesariamente en lo que S. M. se sirva despues otorgar en favor del Papa, conforme á las intenciones que indicó en su mensaje al senado.”

Como si el despojo de los principados de Benevento y Ponte-Corvo no fuese un suceso bastante por sí solo para manifestar las tendencias directas y esplicitas del gobierno francés contra la Santa Sede; aun su embajador en Roma tuvo la mal disfrazada hipocresia de dirigir al Padre Santo una comunicacion directa concebida en estos términos:

“Santísimo Padre: cumplo con el mas honroso y consolador de mis deberes al manifestar á Vuestra Santidad el deseo que el emperador y rey, mi augusto soberano, tiene de que se compongan las diferencias entre S. M. y la Santa Sede: el emperador mira como una de sus mayores prerogativas, la de proteger á la Iglesia, cuya autoridad augusta, nadie mejor que él reconoce; pero al mismo tiempo ve S. M. con desagrado que la Santa Sede tenazmente opuesta á una condescendencia prudente y saludable, trata de embarrasar inútilmente ciertos intereses, que el emperador jamás podrá abandonar, y á pesar del grosero empeño en no acceder á las pretensiones de S. M., el emperador no mira sino al deseo que le anima de manifestar siempre al jefe de la Iglesia su piedad filial y su afecto personal á Vuestra Santidad.

Espresamente encargado estoy, Santísimo Padre, de asegurar á Vuestra Santidad, que conservará la integridad de sus Estados, si Vuestra Santidad quiere adoptar las medidas que la posicion de su territorio y la seguridad de Italia hacen indispensables.

Pide S. M., el emperador y rey, que Vuestra Santidad

declare ó por un tratado, ó bajo otra forma en que se convenga:

1.^o Que se cerrarán todos los puertos del Estado pontificio á Inglaterra, todas las veces que esta nacion esté en guerra con Francia. 2.^o Que las fortalezas del Estado romano serán ocupadas por tropas francesas, siempre que un ejército de tierra desembarque, ó amenace desembarcar en algun punto de Italia. El reconocimiento de estos principios satisfará á S. M. teniéndolos en lugar de cualquiera otra declaracion.

He manifestado, Santísimo Padre, las últimas proposiciones de S. M. que son las que defienden el poder temporal de la Santa Sede, que en vano podrán desconocerlas ó desechárlas.

Las intenciones de S. M. son claramente asegurar la comunicacion entre la alta y baja Italia: y pregunto ahora á Vuestra Santidad, ¿qué soberano reuniendo en toda esta parte de Europa á tan grandes intereses fuerza tan imponente; se contentaria con exigir solo para precaverse en caso de guerra condiciones tan sencillas como las que acabo de establecer?"

De la sinceridad de las protestas del gobierno francés puede juzgarse por los futuros acontecimientos. El emperador mandó que sus tropas ocupasen la ciudad de Roma, y el dia 2 de febrero de 1808 las tropas francesas entraron en la capital del mundo católico y se apoderaron hasta del castillo de San Angelo, aunque contra esta ocupacion protestó su gobernador. En semejantes circunstancias el papa declaró que eran imposibles toda clase de negociaciones con la corte de Francia, puesto que se tenia por preso en Roma y por lo tanto privado de la independendencia y de la libertad necesarias. Si era ó nó fundada la presuncion del papa, basta juzgarlo por el hecho de haberse apoderado los franceses del gobernador de Roma, Mons. Cavalcini, quien sin embargo antes de partir logró estender una carta de la que el general Miollis inutilizó un gran número de ejemplares, si bien á pesar de todos los esfuerzos y pesquisas de la policia tuvieron los partidarios del papa la fortuna de conservar un ejemplar que se multiplicó luego enviándosele á distintos puntos. Este interesante documento lo creemos altamente oportuno para manifestar los sentimientos que dominaban y no podian menos de dominar en aquellas circunstancias á los sinceros católicos. Véase á continuacion la carta:

"Jamás ha habido momento de mi vida en que haya sentido mi alma tanto consuelo y paz como en este, en que dirijo á Vuestra Santidad esta respetuosa carta: dichosa ella,

que le será permitido á lo menos acercarse al trono ante el cual no dejan se presente aquel que la escribe. Carta que será un testigo eterno de los sentimientos con que hoy me separo de mi soberano y padre, arrancado por la violencia; aunque dejaré á Roma sereno de alma, con espíritu tranquilo y una conciencia que de nada me acusa.

Vuestra firmeza invencible, Santísimo Padre, y el ilustre ejemplo de tantas eminentes personas revestidas de la púrpura, que sufren la misma injusta tribulacion á que me condenan, me animan y sostienen. Es honroso mi delito, y debo envanecerme delante de todas las adversidades y suplicios, pues que no es otro, que haberme conservado fiel del modo que debia al gefe supremo de la Iglesia sucesor de S. Pedro: de modo que ¿quién no seria fiel á un héroe de paciencia, á la vez que héroe de fortaleza, tal como os mostrais vos, Santísimo Padre, y como sois en realidad?— He temblado yo, acordándome de vuestra augusta persona, cuando me han sido hechas tentadoras proposiciones de grandeza, de riquezas y de honores, si me declaraba rebelde á vuestro trono y á vos mismo, señor: tiemblo todavia pensando en elias.

Tales recompensas hubieran sido semejantes á las monedas que recibió el traidor discípulo de Jesucristo, pues como él hubiera recibido yo un salario de iniquidad y el vil precio de la sangre y de la impiedad. Amenazado yo, no he sentido abatimiento; ahora con guardas de vista que me rodean no me deajo abatir; arrancado de Roma seré el mismo; y ¿qué ministro fiel á Vuestra Santidad podria humillarse? ¡ojalá sea este el mas amargo arrepentimiento que tengan que echarse en cara á sí mismos los enemigos de Vuestra Santidad y los míos!— Privado quedaré de todo; mas nada me quitará la gozosa recompensa interior de una conciencia pura, que paga sin merecerlo con sufrimientos su lealtad á la Santa Sede y su amor hácia vuestra sagrada persona.

Me niegan la facultad de volverme á mi casa, á mi casa paterna, y me señalan una miserable residencia en una lejana fortaleza (Fenestrella); pero allí contemplando los estrechos muros que me encierran y las ligaduras y cadenas con que tal vez me carguen, nadie me impedirá que recuerde continuamente en mi pensamiento vuestros consejos y vuestros ejemplos, para mí los mas legítimos mandatos.

Pido á Vuestra Santidad me deje conservar, aunque esté lejos, el empleo que durante algunos años he tenido el honor de desempeñar en la capital de Vuestra Santidad, en el cual he puesto todos los conatos de fidelidad y justicia de que soy capaz; porque este recuerdo será para mí un

continuo consuelo, que dulcifique las amarguras del destierro. A Dios dejo el cuidado de mirar por la justicia de mi causa, que corre parejas seguramente con la de Vuestra Santidad, y estos son los sentimientos que me animan al salir de Roma; Santísimo Padre, y con la mas ferviente religion y ternura filial le pido para ahora y para siempre la paternal bendicion apostólica.”

Dado ya este primero y comprometido paso, no se hicieron esperar los demás: la policia francesa fué dominándolo todo en Roma; removiéronse y pusieron presos á varios de los comprometidos en favor del papa, ya por desempeñar elevados cargos, ya por ser simplemente eclesiásticos y presuntos enemigos de la dominacion francesa. De esta suerte fueron transcurriendo las cosas en Roma hasta que en 17 de mayo de 1809 Napoleon espidió desde su campo imperial de Viena un decreto, declarando á Roma ciudad imperial y libre é incorporando al imperio francés todo el territorio de los Estados pontificios. Al propio tiempo se acrecentaron las rentas particulares del papa para que rindiesen el producto líquido de dos millones de francos. Las órdenes del emperador se cumplieron inmediatamente en Roma, publicando el decreto por las calles y á son de trompetas, haciendo salva el castillo de San Angelo é izando el pabellon imperial en sustitucion del pontificio. El papa contestó á estos actos mandando fijar en los lugares acostumbrados una bula de excomunion que comprendió al emperador sin nombrarle, pues solo se hablaba de los fautores de los despojos cometidos en perjuicio de la Santa Sede.

Desde entonces se creyó que ya podian ó debian tomarse otras medidas contra el papa, y temiéndose las iras populares se trató de proceder en secreto y con grandes preparativos á la prision del papa, que sin los respetos y consideraciones consiguientes á su sagrado carácter ni á su avanzado edad fué arrancado ignominiosamente de su propio palacio para conducirse á la Cartuja de Florencia, luego á Alejandria y últimamente á Savona. Su viaje fué una verdadera y continua aunque silenciosa ovacion; los pueblos se postraban á los piés del Sumo Pontifice para pedirle su bendicion; le manifestaban de mil distintos modos sus generosos y nobles sentimientos, y se le ofrecian sin reserva hasta el extremo de que el papa hubo de contener en algunos puntos el celoso arranque de los que deseaban sacrificar hasta su propia vida en defensa del Padre comun de los fieles.

Mas no perdamos de vista nuestro objeto, el poder temporal de la Santa Sede.

El conde de Metternich representante del Austria en Paris habia enviado á Savona un agente austriaco, el caballero Sebzelter, quien en una comunicacion que dirigió al citado conde, espone en estos términos su primera entrevista con el papa:

“La audiencia que tuve ayer noche con el Santo Padre duró una hora, y seguramente no me engañé en todo lo que me figuré de la sensacion que le causaría: me dió de ello las pruebas mas evidentes, sin que por fortuna pudiese arrepentirme de haberle pedido audiencia por medio de monseñor Doria.—Difícil me seria prometer á V. E. resultado alguno importante de una conversacion en que debieron desde luego preceder á cualquier otro razonamiento, espresiones de bondad por su parte, de reconocimiento por la mia y una recapitulacion de varios hechos anteriores que recíprocamente recordamos: me limitaré por lo tanto á referir á V. E. los puntos mas esenciales de ella. El papa, adicto siempre á nuestra corte, me manifestó agradecía sobremanera la atencion de S. M. y las pruebas de interés que en nombre de mi augusto soberano le daba: maravillado de que el emperador hubiese consentido en enviarme á él, y sorprendido al asegurarme se habia prestado á ello con facilidad, y que no se oponian á que los fieles pudiesen libremente visitar al gefe de la Iglesia y recurrir á él en sus necesidades, sintió una verdadera satisfaccion motivada solo por este proceder de S. M. el emperador Napoleon, y cuando preguntándome sobre el casamiento, le describí varias de sus ceremonias, manifestó un interés tal, que prometia una paz estable y me pareció que en aquel momento olvidaba sus agravios y disgustos. (Lo que sigue son palabras del papa dichas en italiano y traducidas aquí en francés): “Ojalá este acontecimiento imprevisto consolide la paz del continente! Mas que nadie deseamos que el emperador Napoleon sea feliz, siendo un príncipe que reúne tan excelentes cualidades: ¡ojalá reconozca sus verdaderos intereses, pues en su mano tiene, si se une á la Iglesia, los medios de hacer bien á la religion, de ganar para sí y para su dinastía las bendiciones de los pueblos y de dejar un nombre glorioso bajo todos los conceptos!” Recuerdos y reflexiones tristes sobre su situacion y soledad y sobre otros objetos desagradables interrumpieron en breve el enajenamiento de su corazon naturalmente candoroso. Estas palabras que acabo de referir me confirmaron en la opinion que siempre tuve, fundada en las observaciones hechas en los siete ú ocho años que permanecí en Roma; á saber, que el papa tuvo siempre nu

afecto particular al emperador; y ¡cuántas veces, lo confieso en una época muy diversa bajo todos aspectos de la presente, no he sostenido que esta *parcialidad* era aun mayor hacia Napoleon que hacia nuestro soberano! Solo los disgustos y penas que ha sufrido han podido obligarle á adoptar un sistema que su corazón manifestamente repugnaba. Cuando le hablé de la situación crítica de nuestros obispos, de los peligros que amenazaban á la Iglesia y á la Santa Sede si no procuraba salir del estado de inacción y nulidad en que se hallaba, me dijo: "Bien los hemos previsto; y aunque de continuo pensamos en ellos, lo que mas nos aflige es esta interrupción de nuestras relaciones con el clero extranjero y la dificultad de comunicarnos aun con los obispos franceses; y aunque preso aquí, sin mas noticias que las que podemos leer en algunas hojas sueltas del *Monitor*, que el general tiene la bondad de enviarnos, bien consideramos la situación apurada de los obispos, y no cesamos de lamentar la nuestra al ver introducirse tácitamente en la Iglesia un verdadero cisma. Nada pretendemos del emperador, nada tenemos ya que perder: en nuestra edad avanzada ¿qué podemos desear, qué respeto personal podrá apartarnos de la senda que el deber y la conciencia nos señalan? No queremos pension, no queremos honores; las limosnas de los fieles nos bastan: otros papas ha habido mas pobres; y á pesar de la estrecha reclusion en que nos veis, no deseamos otra cosa que el que se restablezcan nuestras comunicaciones con los obispos fieles; y nos basta que estos puedan recurrir libremente á nosotros en sus necesidades, y el poder ejercer como antes nuestras funciones. Continuamente suplicamos al general Berthier que no nos abandone, pues lo estamos hasta tal punto, que hemos tenido que hacer nuestro secretario á un criado cuya letra era mas legible. No se nos impida cumplir con nuestro ministerio espiritual por falta de los ministros necesarios, ó privando á los fieles de nuestra presencia. Demasiado hemos hecho despachando *solo* mas de quinientas dispensas, y acudiendo en lo mas posible á los obispos del imperio francés cuyas peticiones nos han llegado; pero además de faltarnos ya las fuerzas, hay ciertas materias que deben examinarse, discutirse, y fórmulas, que aunque ridículas son no obstante necesarias."

Le aseguré que el emperador Napoleon condescendería desde luego en que el papa tuviese á su lado personas capaces de ayudarle en tarea tan penosa; y le dije hubiera hecho mejor en obrar por sí mismo y manifestar al emperador sus deseos: á ese me respondió: "No ignora nuestra soledad, nuestras quejas y repetidas instancias al prefecto y al ge-

neral." Bien entendí porqué no me respondia espresa y terminantemente á todo lo que le habia dicho; no era aun tiempo de tratar ciertas materias ni convenia tampoco para obtener un resultado feliz abreviar los negocios ó atropellarlos antes que las disposiciones del Padre Santo llegasen á una madurez suficiente. "No os podeis figurar, añadió el papa, el consuelo que tenemos al consideraros enviado de nuestro clero! esta es la primera puerta que se nos abre."

Aproveché entonces la ocasion, y le hice ver que esto era una prueba de que el emperador lejos de oponerse á que ejerciese su ministerio, le dejaba en plena libertad para hacerlo; y pareciéndome oportuno le rogué accediese en todo lo posible á las pretensiones de nuestros obispos; me prometió hacer cuanto estuviese de su parte, y volvió á decir que los obispos de la cristiandad encontrarían siempre en él un gefe espiritual y un padre tierno é indulgente.

Además de otras penas y disgustos que afligen al Padre Santo, le acongoja sobremanera la detencion en Fenestrelles del cardenal Pacca y de su sobrino. "Sin duda, me dijo, le han calumniado y desacreditado para con S. M.: fué nuestro secretario de Estado en época aciaga, y es ahora inocente víctima; pero de eso no puede ofenderse el emperador, añadió: vos sabeis y sabe todo el mundo, que hemos hecho personalmente nuestras protestas, y que para no comprometer á nadie nos encargamos de nuestra propia defensa; y era necesario para la formalidad debida, que el secretario de Estado pusiese su nombre."

Otros sinsabores tiene además el papa, y son el llamamiento y sentencia en Paris de los cardenales y de sus ministros, el destierro de varios obispos que siempre habian obedecido escrupulosamente sus instrucciones, y en fin, el no haber podido conseguir que le enviasen á monseñor Menochio, su confesor, á monseñor Devoti, secretario de breves, á monseñor Testa, secretario de cartas á príncipes, y algunos escribientes.

Nada me dijo en cuanto á su soberanía temporal en Roma, sino es indirectamente en las palabras que siguen: "Cuando las opiniones se fundan en el sentimiento íntimo de la conciencia y de nuestros propios deberes, son invariables *irremovibles* (Mr. Alquier oyó de boca del papa esta misma espresion) y no hay en el mundo fuerza física capaz de oponerse á una fuerza moral semejante. Ese único sentimiento nos ha dictado todo lo que hemos dicho acerca de los tristes acontecimientos que han sobrevenido á la Santa Sede, y por consiguiente nos oireis lo mismo, siempre que de ellos hablemos."